



Marshall Berman, el modernismo y la aventura de la modernidad

[en] Marshall Berman, *Modernism and the Adventure of Modernity*

Fernando Fernández-Llebrez¹

Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad* (1984), trad. de Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, Madrid, 1988. 397 páginas.

El 11 de septiembre de 2013, en su ciudad natal, New York, Marshall Berman (1940-2013) fallecía de un ataque al corazón mientras desayunaba en unos de sus restaurantes preferidos, el *Metro Diner* de la calle 100 en Broadway². La fecha —y el lugar— en el que este triste desenlace ocurrió es evocador de diferentes momentos. Para cualquier persona con sensibilidad será un día inevitablemente penoso por la tragedia inhumana acaecida en 2001. Además, cuarenta años antes, en ese mismo día, el dictador Augusto Pinochet (1915-2006) le arrebató el poder, vía golpe de Estado, a Salvador Allende (1908-1973), dando lugar a uno de los regímenes más tiránicos e inhumanos de finales del siglo veinte. Para más casualidad, en ese mismo restaurante, Berman concedió una entrevista a *Radar* en 2007 la cual versó en torno a sus reflexiones y opiniones sobre el 11S³. Y ahora, por lo menos para los politólogos, urbanistas y otros especialistas, hay que sumarle esta pérdida a esa desdichada fecha. Como decía Charles Baudelaire (1821-1867) en *El Viaje*: “¡Ah, qué grande es el mundo a la luz de la lámpara! ¡Y qué pequeño el mundo para los ojos de la memoria!”⁴.

Hace treinta y cuatro años que Berman publicó en inglés el deslumbrante⁵ libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, una de las joyas literarias de la teoría política, y hace veintiocho años que se tradujo al castellano⁶. Una obra que supuso un antes y

¹ Universidad de Granada (España).
E-mail: fernando@ugr.es

² William Yardley, “Marshal Berman, Professor, Dies at 72”: *The City University of New York* (16-9-2013). Disponible en: <http://www1.cuny.edu/mu/we-remember/2013/09/16/marshall-berman-professor-dies-at-72/> (13-7-2016).

³ Hernán Lascano, “Marshall Berman: Nueva York, el 11-S y el mundo en el que vivimos”: Suplemento *Radar* del periódico *Página 12* (22-7-2007). Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-3968-2007-07-22.html> (13-7-2016).

⁴ Charles Baudelaire, “El Viaje”, en *Las flores del mal*, RBA editores, Barcelona, 1992, p. 184.

⁵ “It’s just dazzling” fueron las palabras que pronunció Irving Howe nada más leer el artículo que Berman escribió para *Dissent* en 1978 y que llevaba el mismo nombre que el libro. Mark Levinson, “Remembering Marshall Berman”: *Dissent* (17-9-2013). Disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/blog/remembering-marshall-berman> (13-7-2016).

⁶ Marshall Berman, *All That Is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity*, Simon and Schuster, New York, 1982. En 1988 lo volvió a editar Penguin (London) con un nuevo prefacio específico para dicha edición.

un después en el estudio del modernismo y que fue varias veces reeditada incluyendo varios idiomas. Ya es hora de que desde nuestra teoría política nos detengamos a apreciar su obra.

Berman ha sido uno de los teóricos políticos más lúcidos que ha dado la Ciencia Política en el último tercio del siglo veinte e inicios del actual. Su labor intelectual, académica y personal ha sido reconocida, sobre todo en EE. UU. y en América Latina, como la de un pensador que dejó una huella indeleble a la hora de pensar la modernidad. Los obituarios que se escribieron en su memoria dejan constancia de ello.

Este trabajo tiene dos cometidos. Por un lado, pretende adentrarse en este asombroso libro para lo cual, a la par, se hará un recorrido somero y general por la vida y obra de Berman ya que sin todo lo que le rodeó difícilmente lo podemos entender. Aun así, quedarán muchas cuestiones en el tintero ya que la profundidad, amplitud y complejidad de su obra daría para toda una monografía. Por otro lado, quiere ser un modesto homenaje y reconocimiento al libro y pensamiento de Berman, así como a su incesante labor como teórico político comprometido por un mundo más libre y justo.

Todo lo solido se desvanece en el aire y la experiencia de la modernidad

En la Introducción de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* Berman deja claro cuál es el recorrido por el que nos va a conducir. Su inicio sintetiza bien qué significa para él la modernidad:

Hay una forma de experiencia vital —la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida— que comparten los hombres y las mujeres de todo el mundo de hoy. Llamaré a ese conjunto de experiencias la “modernidad” (p. 1).

Es decir, la modernidad no se entiende como una teoría filosófica abstracta, extraña y ajena a la vida, sino que se estudia como una experiencia que afecta a las personas de carne y hueso. La pregunta a la que nos lleva esta consideración es ¿qué caracteriza a dicha experiencia? A lo que el propio Berman nos responde:

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad

Ese mismo año saldrá traducido al castellano que tiene, cuanto menos, diecisiete ediciones más en español. En nuestro caso usaremos la versión en castellano para su citación, pero siempre será cotejada con la edición inglesa para su verificación.

y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire” (p. 1).

A partir de ahí no es extraño que Berman use metáforas como las de torbellino o remolino⁷ para referirse a dicha experiencia por su capacidad para remover certezas previamente instaladas en el pensamiento colectivo. Las fuentes que alimenta esta experiencia son variadas y comprenden desde los grandes descubrimientos científicos hasta el crecimiento urbano, pasando por la industrialización y los movimientos de protesta social y política. En el siglo veinte, los procesos sociales que dan vida a “esta vorágine, manteniéndola en un estado de perpetuo devenir, han recibido el nombre de ‘modernización’” (p. 2). Según el propio Berman estos procesos históricos:

Han nutrido una asombrosa variedad de ideas y visiones que pretenden hacer de los hombres y mujeres los sujetos tanto como los objetos de la modernización, darles el poder de cambiar el mundo que está cambiándolos, abrirse paso a través de la vorágine y hacerla suya. A lo largo del siglo pasado, estos valores y visiones llegaron a ser agrupados bajo el nombre de “modernismo” (p. 2).

De este modo ya tenemos los tres conceptos —modernidad, modernismo y modernización— del pensamiento político de Berman que van a vertebrar *Todo lo sólido se desvanece en el aire* y el conjunto de su obra. Queda por responder qué tipo de relación se va a dar entre estas categorías. En este sentido, su perspectiva teórico política puede ser sintetizada como el “estudio de la dialéctica entre modernización y modernismo” (p. 2).

Berman solía usar bastante el concepto *dialéctica* debido, seguramente, a su herencia marxista. Pero a lo largo de su obra no se detecta canto alguno a la idea de *solución final* que dicha perspectiva marxista suele conllevar, más bien al contrario. Su camino es ancho y abierto, de ahí que afirme que “ninguna de las modalidades del modernismo puede ser definitiva”⁸. Si bien hubiera sido deseable para una mejor comprensión —y dimensión crítica— de su obra que no hubiera abusado del término *dialéctica*, también es verdad que cabe entenderla como la tensión o el conflicto entre situaciones, momentos, ideas, experiencias que son paradójicas e inseparables entre sí, sin precisar síntesis alguna ni rechazar la retórica democrática⁹.

Su idea del modernismo es una de las muchas que se pueden concebir. Es más incluyente que la ofrecida habitualmente por la generalidad de los textos académicos y significa una manera amplia y abierta de comprender la cultura:

Muy diferente del enfoque de director de museo que fragmenta la actividad humana y coloca a cada uno de estos fragmentos en una casilla separada, rotulándolos

⁷ Marshall Berman, “Brindis por la modernidad”, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad-posmodernidad*, Retórica ediciones, Buenos Aires, 2004, pp. 87-106. Es una constante la referencia positiva de Berman al continuo movimiento al que la modernidad nos encamina. Esto choca con la necesidad de calma, de pararnos a pensar, que requiere un buen pensamiento, y del que hizo gala el propio Berman en sus escritos. Ahondar en esta tensión sería de interés, pero excede el motivo de este trabajo.

⁸ “That no mode of modernism can ever be definitive”. Marshall Berman, “Preface to the Penguin Edition: The Broad and Open Way”, en *All that is Solid Melts into Air*, Penguin, London, 1988, p. 6.

⁹ Berman no se sitúa dentro de la tradición retórica del sur de Europa, aunque eso no significa que la rechace. Si se encuentran algunos *destellos* retóricos en su pensamiento.

según el tiempo, el espacio, el lenguaje, el género y la disciplina académica correspondiente¹⁰.

La perspectiva de Berman nos permite desarrollar interrelaciones creativas entre todo tipo de actividades artísticas, intelectuales o políticas, creando “las condiciones para un diálogo entre el pasado, el presente y el futuro [y revelando] solidaridades entre los grandes artistas y la gente ordinaria”¹¹. De esta manera amplió la visión que tenemos de nuestra propia experiencia mostrando que nuestras vidas son más ricas de lo que nos imaginamos e identificando la cultura con una “fuente de alimentos para la vida en curso en lugar de un culto a los muertos”¹².

Para desarrollar esta perspectiva Berman no duda en mezclar diferentes fuentes teóricas y literarias, siendo habitual en él interrelacionar obras y autores de la literatura universal —Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), Fiódor Dostoyevski (1821-1881) o Baudelaire (1821-1867)— con autores característicos de las ciencias sociales —Karl Marx (1818-1883) o Walter Benjamin (1892-1940)—, así como diferentes disciplinas, desde la música, el teatro, el cine, la novela a los cómics. Y todo ello sin dejar de atender los signos que emanan de la calle ya vengan de sus alumnos, de la gente común o del arte urbano. Todo lo cual implica una perspectiva que le permite desplegar una mirada heterodoxa, cargada de sensibilidad y para la cual lo más importante es ser capaz de explicar y comprender bien la realidad social y política que nos ha tocado vivir. Usando, a un mismo tiempo, un lenguaje y un vocabulario sencillo, comprensible para cualquier ciudadano y profundamente alejado del elitismo académico.

A la par, el modernismo de Berman no desdeña un aspecto crucial para su obra: la relación entre las vivencias personales y sus reflexiones teórico políticas. Berman lo hace de forma abierta y franca. La interacción entre su vida y obra es una constante. Para seguir ahondando en su pensamiento es recomendable profundizar en los aspectos personales del autor porque arrojarán luz sobre sus inquietudes éticas y políticas, así como sobre su profundidad narrativa.

El joven Berman y el Bronx

Berman nació en 1940 en el barrio de Tremont, en el Bronx de New York, lo que le marcaría para el resto de su vida. Era hijo de una familia judía de comerciantes textiles. Como él mismo relata, su padre —Murray Berman— desde muy pequeño se “introdujo en el mundo de los negocios —así lo llamaban él y mi madre— empujando un vagón en una fábrica de ropa”¹³ en la que posteriormente fue ascendiendo laboralmente. En 1948 Murray Berman y un amigo fundaron una revista sobre la industria de la moda que dos años más tarde quebraría después de que el socio se fugara con el dinero. La familia Berman quedaría arruinada, lo que le produjo un

¹⁰ “Very different from the curatorial approach that breaks up human activity into fragments and locks the fragments into separate cases, labeled by time, place, language, genre and academic discipline”. Ibid., p. 5.

¹¹ “Conditions for dialogue among the past, the present and the future...solidarities between great artists and ordinary people”. Ibidem.

¹² “To be a source of nourishment for ongoing life, rather than a cult of the dead”. Ibidem.

¹³ Marshall Berman, “Introducción. Atrapados en la mezcla: algunas aventuras marxistas”, en *Aventuras marxistas*, trad. de Manuel Antonio de Castiñeiro González y Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, Madrid, 2002, p. 1.

primer infarto a su padre por el que estuvo a punto de morir. Finalmente la familia consiguió salir del atolladero y reemprendió el camino, aunque cinco años más tarde, en 1955, un segundo infarto provocaría la muerte del padre. Berman analizó esta pérdida por su impacto humano y personal, pero también como un síntoma de la deslealtad, el engaño y la vergüenza característicos de las contradicciones de la modernidad¹⁴.

Tras cursar los estudios de secundaria en el Bronx, obtuvo una beca para estudiar en la Universidad de Columbia donde se graduó en 1961. Su estancia en esta Universidad estuvo marcada por dos hechos. Más allá del conjunto de experiencias que aporta la vida universitaria, allí conoció a dos profesores que fueron importantes para su desarrollo personal y político. En Columbia recibió las clases de Meyer Schapiro (1904-1996) sobre historia del arte, su enfoque interdisciplinar y tremendamente original para la época le impactó de tal manera que aprendió a mirar la cultura, el arte y la libertad de una manera abierta, compleja y entrecruzada con la sociedad en la que se desarrolla. Probablemente esta fuera la primera ocasión que Berman tuvo de adentrarse y conocer formalmente la cultura modernista. Lo cual no fue difícil pues esa universidad era uno de sus principales focos de estudio del modernismo.

Pero Schapiro no era un *modernista cualquiera*. Fue judío inmigrante, brillante intelectual y cercano al partido comunista en su juventud —aspectos que compartía con Lionel Trilling (1905-1975), también profesor en Columbia—. Y, además, durante “gran parte de los treinta y cuarenta fue militante socialista del ala izquierda, después demócrata liberal y editor fundador de *Dissent*”¹⁵.

Berman ve ciertas similitudes entre la obra de Schapiro y la del joven Marx, sobre todo en cuanto a la relevancia de la *individualidad* para la vida moderna. Según Berman, “Schapiro quería dejar claro que el sujeto moderno no solo está vivo, sino que está ahí, en el corazón de la obra de arte”¹⁶, abrazando la *tradición humanista* que pretende crear una sociedad en la que el libre desarrollo de cada uno sea la base para el libre desarrollo de todos. Y lo hace pretendiendo aspirar a la plenitud de la vida y con una visión crítica inspirada en los pensadores más grandes que presentan sus “obras llenas de aspectos problemáticos”¹⁷.

De esta manera, Schapiro defiende una sociedad siempre abierta y receptiva a nuevos puntos de vista que, incluyendo a los grupos excluidos, contiene:

Una parábola del pluralismo, una manera de que la gente vea las formas de ver de los otros, de modo que puedan cooperar colectivamente, construir un público y luchar juntos por un futuro más completo¹⁸.

Esta forma de entender el arte y la cultura será algo que impregnará el conjunto del pensamiento de Berman a lo largo de su vida conformando su mirada política y humanista.

Si Schapiro es un autor importante para entender la concepción cultural del joven Berman, será Jacob Taubes (1923-1987) quien tuvo una función clave en su descubrimiento de Karl Marx. Según relata Berman, en 1959 estando en Columbia

¹⁴ Ibid., pp. 2-4.

¹⁵ Marshall Berman, “Meyer Schapiro: la presencia del sujeto”, en *Aventuras marxistas*, p. 188.

¹⁶ Ibid. p. 196.

¹⁷ Ibid., p. 197.

¹⁸ Ibid., p. 198.

se reunió con Taubes en su despacho de la Butler Library. Tras una conversación sobre lo inapropiado de la venganza y sus mutuas simpatías con el deseo de un cambio radical, Taubes le invitó a leer los *Manuscritos económicos filosóficos* refiriéndose a estos como un libro escrito por Marx “cuando todavía era un niño, antes de convertirse en Karl Marx”¹⁹. Como Berman reconoció, con esta lectura comenzó su aventura marxista. Su relato es conmovedor: “Lo abrí al azar, aquí, allí, en cualquier parte, y de pronto estaba transpirando; derritiéndome, derramando lágrimas; sufriendo sofocos”²⁰. Para Berman los *Manuscritos* era un libro cargado de paradojas para quien lo leyera ya que podía, al mismo tiempo, destrozar su vida y darle felicidad²¹.

La lectura que Berman hace de Marx se caracteriza por un rasgo singular. No fue la desigualdad ni su materialismo lo que le impresionó, sino el “sentimiento por lo individual”²² que Marx manifestaba. Ese fue el valor humano que atrapó a Berman y que se podría traducir por *Bildung* o por ideas como subjetividad, autodesarrollo o crecimiento. Un valor que identificaba a Marx con ese *rico ser humano* que forma parte del imaginario humanista, y:

Con la Ilustración y con los grandes revolucionarios que llegaron a su clímax cuando defendieron el derecho universal del hombre a ser activamente libre, para afirmarse a sí mismo, para disfrutar de actividades espontáneas y para perseguir el libre desarrollo de su energía física y mental²³.

Desde este punto de vista, Berman sitúa a Marx en la misma estela de autores como Dostoyevski, Charles Dickens (1812-1870), James Joyce (1882-1941) o Frank Kafka (1883-1924) y lo leerá a partir de ese momento como parte de la cultura modernista y humanista del siglo diecinueve. Aunque, para Berman, lo singular de Marx estará en que a la vez que identifica un individualismo propio de la modernidad, demuestra cómo la organización del capitalismo dificulta e imposibilita dicha capacidad individual. Este conflicto y esta tensión es para Berman la gran aportación de Marx al pensamiento del siglo diecinueve; conflicto que, años más tarde, cogerá la forma de *modernismo* versus *modernización* tan característica de la obra de Berman.

Por eso no es extraño que desde su temprana edad Berman rechace el comunismo en su versión real —la auténticamente existente—. Tras ver por televisión, junto a su madre, cómo los tanques asesinaban a niños en Budapest durante la revolución húngara de 1956 comprendió que él no era ni podía ser comunista. Y de ahí que la fórmula a la que se agarrara fuera la del *humanismo marxista*. Es probable que el empeño de Berman de seguir usando el apellido *marxista* tuviera que ver con esta faceta personal donde fue tomando cuerpo su identidad moral y política. En definitiva, su marxismo tenía y tiene poco que ver con el marxismo como doctrina en cualquiera de sus variantes. Como muy bien puntualiza su amigo Michael Walzer en el obituario que le dedicó: “Marshall no fue un marxista marxista, sino uno de

¹⁹ Marshall Berman, “Introducción. Atrapados en la mezcla: algunas aventuras marxistas”, p. 6.

²⁰ *Ibid.*, p. 8.

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibid.*, pp. 8-9.

tipo propio”²⁴. Además, Berman no solo fue “un ser humano adorable”²⁵, como dice Walzer, sino alguien que adoraba al ser humano.

En 1962 Berman se desplaza a Oxford para realizar sus estudios de posgrado donde conoce a Isaiah Berlin (1909-1997) quién le dirigiría su tesina con el título *Freedom and Individuality in the Thought of Karl Marx*. Con esta demostraría, una vez más, que su marxismo tenía poco o nada que ver con el de la época. Reflexionar sobre su profunda dimensión humanista y democrática es una de las cuestiones centrales para ahondar en la labor intelectual y política de Berman. Pero este no es el objeto concreto del presente artículo por lo que solo lo dejamos apuntado para poder seguir con nuestro relato.

En 1967 Berman vuelve a EEUU e inicia su relación con el City College de la CUNY —The City University of New York— en el que durante cerca de cuatro décadas dio clases de Ciencia Política y urbanismo, iniciando “su colaboración con la revista *Dissent*, trinchera del anticonformismo político y cultural en EEUU...y de cuyo consejo editorial Berman formó parte durante muchos años”²⁶.

Las clases en la CUNY —que las daba y preparaba con sumo mimo²⁷— eran su trabajo, pero también formaban parte de su compromiso social y político. La CUNY no es una Universidad cualquiera, está conformada por alumnos de baja extracción social y con alta presencia de minorías étnicas. De hecho durante años estuvo dando clases en la sección de Harlem, aunque también las dio el centro de la ciudad. Ese contacto con la realidad humana era importante para Berman porque de ahí sacaba unas enseñanzas fundamentales para entender los signos de la calle y su modernismo, algo que el marxista-marxista Perry Anderson —obsesionado con la revolución— fue y es incapaz ni siquiera de oler²⁸.

Llegados a este punto conviene pararse un momento para señalar la presencia *subterránea* y común de determinado pensamiento judío que hay en todas estas influencias y que también conformará la obra de Berman, más si cabe con el paso del tiempo²⁹.

Los inicios del modernismo y la política de la autenticidad

A la hora de analizar el modernismo Berman distingue tres fases en la historia de la modernidad. Durante la primera, que se extiende aproximadamente desde comienzos del siglo dieciséis hasta finales del siglo diecisiete, las personas empiezan a experimentar la vida moderna y:

²⁴ “Marshall was not a Marxist Marxist, but one of his own kind”. Michael Walzer, “Remembering Marshall Berman”: *Dissent* (17-9-2013). Disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/blog/remembering-marshall-berman> (13-7-2016).

²⁵ “He was a lovely human being”. Ibidem.

²⁶ Jesús Albores, “Marshall Berman, el filósofo que llevó a Marx al Bronx”: *El País* (11-10-2013).

²⁷ Para alguna anécdota en este sentido, véase Levinson, “Remembering Marshall Berman”.

²⁸ Para el debate con Anderson, véanse Perry Anderson, “Modernity and Revolution” y Marshall Berman, “The signs in the street. A Response to Perry Anderson”, ambos en *New Left Review*, vol. 114 (March-April, 1984).

²⁹ Para esta cuestión véase Marshall Berman, “De ruinas y horizontes. Una conversación con Marshall Berman”, en Jorge Brenna y Francisco Carballo, *De ruinas y horizontes: la modernidad y sus paradojas (Homenaje a Marshall Berman)*, UAM, México, 2014, pp. 333-354.

Apenas si saben con qué han tropezado. Buscan desesperadamente, pero medio a ciegas, un vocabulario adecuado; tienen poca o nula sensación de pertenecer a un público o comunidad moderna en el seno de la cual pudieran compartir sus esfuerzos y esperanzas (p. 2).

La segunda fase implica el apogeo de la modernidad durante el siglo diecinueve. Y la tercera, la del siglo veinte, supone un cierto declive de dicho prisma.

Berman se acerca a la primera fase en su primer libro. En 1968, al mismo tiempo que protestaba contra la guerra de Vietnam —siendo incluso arrestado—³⁰, obtiene el doctorado en Harvard con una tesis que publicará dos años más tarde bajo el título de *The Politics of Authenticity. Radical Individualism and the Emergence of Modern Society*. Este libro es un recorrido por la idea de individuo y de libertad a través de las obras de Montesquieu (1689-1755) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y cuyo ideal político Berman denominará de “autenticidad”³¹.

Su visión de Montesquieu es original y parte de las *Cartas Persas*, desde donde analiza cómo emerge la *política de la autenticidad* al contraponerse el mundo antiguo del harem frente a la nueva metrópolis —representada por París—. La *política de la autenticidad* que Berman encuentra en Montesquieu abre una forma específica y nueva de libertad para el mundo moderno que afecta tanto a la dimensión personal como política y queda encardinada con un igualitarismo radical en el que todos los individuos tienen la posibilidad de alcanzar sus fines³².

En palabras de Berman, lo que las *Cartas Persas* proponen es vivir en una sociedad en la que la libertad de cada persona “sea respetada y donde la diversidad personal y la individualidad esté constantemente abierta”³³ y en la que se fomente una forma de individualidad que conserve su independencia de los roles que el individuo se ve obligado a cumplir.

Su análisis de Rousseau es más contradictorio. De Rousseau escribe en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* para recordarnos que fue “el primero en utilizar la palabra *moderniste* en el sentido en que se usará en los siglos diecinueve y veinte” (p. 3). Pero su modernismo contenía más de una cara, alumbrando un discurso contradictorio que conviene no olvidar. Rousseau es visto como un autor capaz de producir sueños modernistas anclados en la *política de la autenticidad*, aunque, a la vez, fue el máximo representante de un modernismo contrario a este ideal. Berman lo denominó como la “política de la no autenticidad”³⁴ por su capacidad para destruir esos mismos sueños; una política destructiva en la que la autoridad más absoluta penetra en el interior del ser humano de tal modo que nos gobernamos contra nosotros mismos y nuestra propia libertad.

Si bien *The Politics of Authenticity* tiene personalidad propia como libro, también debe verse como la antesala de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* ya que su recorrido por una parte del siglo dieciocho nos muestra los inicios de una cultura

³⁰ Lascano, “Marshall Berman: Nueva York, el 11-S y el mundo en el que vivimos”.

³¹ Marshall Berman, *The Politics of Authenticity. Radical Individualism and the Emergence of Modern Society*, London, Verso, 2009. “La ‘política de la autenticidad’ es un sueño de una comunidad ideal en la cual la individualidad no debe ser subsumida ni sacrificada, sino plenamente desarrollada y expresada” (“The politics of authenticity is a dream of an ideal community in which individuality will not be subsumed and sacrificed, but fully developed and expressed”). Ibid., p. XVII.

³² Ibid., p. 35.

³³ “Is respected, and where personal diversity and individuality are constantly out in the open”. Ibid., p. 52.

³⁴ “Politics of inauthenticity”. Berman, *The Politics of Authenticity*, p. 268. Igualmente véase ibid., pp. 277 y ss.

modernista caracterizada por la relación entre modernismo y un determinado pensamiento ilustrado.

En cualquier caso, en la década de los setenta Berman también colaboró con otras revistas donde fue elaborando artículos que le sirvieron como materiales para *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, aunque otros fueron recopilados a finales de los noventa en su libro *Aventuras Marxistas*³⁵.

Con este recorrido llegamos al relato del modernismo del siglo diecinueve, algo que hará de manera destacada en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*.

El apogeo del modernismo

El trazado intelectual que lleva a cabo Berman por el siglo diecinueve e inicios del siglo veinte hasta llegar a la segunda guerra mundial está protagonizado por Goethe, Marx, Baudelaire, Dostoyevski y, en un plano diferente, Robert Moses (1888-1982). Cada autor daría para un artículo, de ahí que señalemos solo algunos de sus rasgos más característicos con la intención de dar una visión general de dicho recorrido.

El *Fausto* de Goethe es leído como la obra fundacional del modernismo:

Lo que este Fausto desea para sí es un proceso dinámico que incluya todas las formas de la experiencia humana, tanto la alegría como la desgracia y que las asimile al crecimiento infinito de su personalidad; hasta la autodestrucción será parte integrante de su desarrollo (p. 31).

Es el *deseo de desarrollo* lo que le da fuerza y unidad a este *Fausto*; un desarrollo que termina por exigir grandes costes humanos como se aprecia al final de la novela.

Berman analiza las tres partes del *Fausto* de Goethe como si de tres metamorfosis de trataran. La primera es la del *soñador* que, fuertemente influenciado por el romanticismo liberal, es leído “como el portador de una cultura dinámica en el seno de una sociedad estancada [que] está desgarrado entre la vida interior y la exterior” (p. 34). Por todo lo cual, Fausto necesita establecer, a través de la idea de autodesarrollo humano, una “relación entre la solidez y el calor de la vida con la gente...y la revolución intelectual y cultural que se ha producido en su mente” (p. 38). El problema se encuentra en poder llevar a cabo dicha tarea cuando “el camino al cielo está empedrado de malas intenciones” (p. 39) de tal modo que anhelando explorar “las fuentes de la creatividad; ahora, en cambio, se encuentra cara a cara con las fuerzas de la destrucción” (ibidem).

La segunda metamorfosis es la del *amante* en la que la tragedia de su amada Margarita ocupa un lugar protagonista. Para Berman esta parte del *Fausto* expresa la limitación que el mundo gótico tiene para la libertad humana; un mundo gótico del que Margarita quiere salir y que le costará la vida. Berman lo sintetiza satisfactoriamente cuando señala que:

En otro tiempo, quizá, la visión gótica tal vez pudiera ofrecer a la humanidad un ideal de vida y actividad, de búsqueda heroica del cielo; ahora, sin embargo, tal como Goethe la presenta a finales del siglo XVIII, todo lo que tiene que ofrecer es

³⁵ Entre estas revistas cabe citar: *New York Times Books Review*, *The Nation*, *Bennington Review*, *American Review*, *Berkshire Review* o la ya mencionada *Dissent*.

un peso muerto que oprime a los que la sufren, destroza sus cuerpos y estrangula sus almas³⁶.

Tras esta crisis se llega a la tercera metamorfosis, la del *desarrollista*, a la que Berman le da una notoria importancia. En unas páginas memorables Berman muestra como Fausto —al sonido de unas campanas que le recuerdan su infancia— le ordena a Mefistófeles que le quite de en medio a los dos ancianos —Filemón y Baucis— que viven en el solar en el que quiere construir su *gran obra*. Lo cual supondrá la muerte de ambos ancianos pero, también, la incapacidad de Fausto para asumir el mal causado por lo que culpará a Mefistófeles de lo ocurrido. Berman acaba este capítulo haciendo una clara identificación entre el desarrollista Fausto y los límites y problemas de la modernización —la cual afecta al capitalismo, pero no solo, generando una época faústica y pseudofaústica—.

El Fausto desarrollista ha luchado de manera empecinada para crear un mundo sin escasez, necesidad o culpa, pero su mundo genera sombras que no puede ni quiere ver ni oír, de ahí que expulse la zozobra de su mente como antes expulsara al diablo: “destruyó a esos ancianos y su pequeño mundo —el mundo de su propia infancia— a fin de que su campo de visión y su actividad pudieran ser infinitos” (p. 63). Su problema es que ya no puede mirarlos de frente y vivir con ellos: los tiene que destruir. He ahí la tragedia del desarrollista Fausto.

A continuación Berman estudiará a los dos autores modernistas que mejor van a mostrar tales contradicciones: Marx y Baudelaire.

Ubicando a Marx entre los grandes modernistas de la historia, Berman hace una lectura del *Manifiesto* —y de otras obras como los *Grundrisse* o *El Capital*— profundamente viva y paradójica más cercana a una novela que a un ensayo sociológico. Siguiendo esta senda Berman se detiene en lo que significó la burguesía según Marx: fue la primera en demostrar lo que puede dar de sí la actividad humana y en ser capaz de liberar el “impulso humano para el desarrollo: para el cambio permanente, para la perpetua conmoción y renovación de todas las formas de vida personal y social” (p. 89). La cuestión es que Marx cree que esas fuerzas estarían agotadas y por tanto se han de buscar en otro agente —la clase obrera— para continuar y modificar dicho proceso ya que las injusticias que ese proceso modernizador ha dejado atrás son insufribles.

Lo relevante de esta perspectiva es que Berman ve a Marx como un crítico de la modernización en pro de otra modernización en donde la defensa del proyecto modernista es su motor cultural. Y al hacer esto lo contrapone críticamente a la lectura antimodernista y posmodernista que está haciendo la izquierda marxista de los años setenta y ochenta, incluida la *new left* —en cuyos orígenes Berman participó— a la que cada vez ve “más delirante”³⁷. Una crítica al desarrollo de la izquierda que le ha tocado vivir y que la sintetiza muy bien cuando la denomina como la “izquierda gastada”³⁸.

³⁶ Ibid., pp 48-49. Para el mundo gótico véase Javier Roiz, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 103 y ss.

³⁷ Marshall Berman, “Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx. La modernidad y la modernización”, en *Aventuras marxistas*, p. 78. Un ejemplo de ello sería la evolución de la *New Left Review*; y en concreto la de sus editores. Para una mirada crítica más extensa y a la vez conocer mejor la trayectoria sociopolítica de Berman, véase, entre otros, *ibid.*, 77-79.

³⁸ Berman, “Introducción. Atrapados en la mezcla: algunas aventuras marxistas”, p. 14.

También Baudelaire, coetáneo de Marx, estudiará de manera lúcida la paradoja entre modernismo y modernización. Si se tuviera que elegir un actor protagonista de la historia —en el sentido de narración— de *Todo lo solido se desvanece en el aire*, en nuestra modesta opinión, este es Baudelaire, que es quién caracterizará al *modernismo en la calle* del que Berman seguirá hablando a lo largo de su vida y que representará su opción más acabada. Un Baudelaire leído a los ojos del *Libro de los Pasajes* de Walter Benjamin³⁹, lo que le dará una carga social y política ineludible. De este modo, la presencia de Baudelaire en el pensamiento de Berman cobra una relevancia no menor.

Berman dedicará las primeras páginas de ese capítulo al modernismo pastoral y contrapastoral de Baudelaire, pero no será ahí donde ponga el oído, sino en la lectura de dos poemas claves de *El Spleen de París: Los ojos de los pobres* y *La pérdida de una aureola*. Ambos poemas le sirven para adentrarse en París, detenerse en la vida de la metrópolis, con los bulevares como fondo de un cuadro caracterizado por el “tráfico moderno” (p. 158), y mostrarnos el dinamismo y las paradojas del espacio público urbano sin el cual el proyecto modernista no es viable. El primer poema le sirve para mostrar “cómo las contradicciones que animan las calles de la ciudad moderna repercuten en la vida interna del hombre de la calle” (p. 153); y el segundo para, desde los fangos del macadam, decirnos como la necesaria pérdida de la aureola supone un momento de desacralización política y de capacidad creativa que nos abre “nuevas formas de libertad” (p. 160) característicamente modernistas. Fuentes de libertad que beben de la calle y que viven en la vorágine de las mismas, con todas sus paradojas y ambivalencias.

A partir de ahí Berman nos lleva de la mano a San Petersburgo para adentrarnos en lo que denomina como el *modernismo del subdesarrollo*. De nuevo aquí las páginas de Berman cobran una viveza enorme y una futilidad que hace de esa ciudad todo un referente para un modernismo hipotéticamente diferente y en un contexto distinto a los estudiados.

Como bien señala Berman, las tradiciones de San Petersburgo “son característicamente modernas y nacen de la existencia de la ciudad como símbolo de la modernidad en medio de una sociedad atrasada” (p. 298) siendo su emblema el *Palacio de Cristal* londinense. Pero las tradiciones de esta ciudad “son modernas de una manera desequilibrada y peculiar, que surge del desequilibrio y la irrealidad del programa mismo de modernización brutal de Pedro I” (ibidem) entre finales del diecisiete e inicios del dieciocho y que no llegará a buen puerto.

Berman calificará este proceso modernizador como una “modernización desde arriba” (ibidem) y, en respuesta a ella, contrapondrá un modernismo y una “modernización desde abajo” (ibidem) que se engendrará y se nutrirá a lo largo del siglo diecinueve y entrado el veinte. Esta “modernización desde abajo” tendrá dos momentos. El primero será el llevado a cabo por los *decembristas* en las revueltas populares que se hicieron en esa ciudad en 1825 y que fue lo que motivó el poema modernista de Alexander Pushkin *El Jinete de bronce* de 1833. El segundo momento tendrá lugar a partir de 1861, al calor de la emergencia de una nueva generación de ciudadanos, y tendrá en *Memorias del subsuelo* (1864) de Dostoyevski su expresión modernista más significativa, siendo esta obra a la que Berman le dedicará la mayor parte de su reflexión. Y en medio de todo este proceso habrá una calle, como no, que

³⁹ Walter Benjamin, *Libro de los pasajes*, trad. de Juan Baraja, Akal, Madrid, 2005.

servirá de nexo entre ambos momentos: la Nevski Prospekt, principal arteria de la ciudad y con claras similitudes con los bulevares de París.

Pero el recorrido por los “misterios de San Petersburgo, a través del choque y la interacción de los experimentos de modernización desde arriba y desde abajo” (p. 299) no solo le da a Berman pistas para explicar lo ocurrido en dicha ciudad, sino que también le sirve para plantear claves sobre algunos de los rasgos de la vida política y espiritual de ciudades como Brasilia, Nueva Delhi o Ciudad de México, así como para señalar también que la “gripe de San Petersburgo impregna el aire de Nueva York, Milán, Estocolmo, Tokio, Tel Aviv; y sopla y sopla” (ibidem).

De vuelta al Bronx y los modernismos del siglo veinte

Con estos nuevos aires Berman aterriza en la última parada de su viaje recalando en New York, la cual es observada como todo un símbolo para la modernidad del siglo veinte, aunque es uno en donde la *selva* campa a sus anchas y su protagonista esta vez no es literato alguno sino un urbanista como Moses. Al tono vibrante y brillante de los anteriores capítulos, a este hay que sumarle algunos elementos biográficos que le dan un dramatismo personal y político a su reflexión. Recuperando recuerdos de su infancia en el Bronx contrapone la vida cotidiana de sus calles —sobrias, pero sólidas— con el Bronx de los 60 caracterizado por edificios quemados, cubiertos de basura y donde la droga campaba a sus anchas.

¿Qué había ocurrido entre medias? En términos urbanísticos la construcción de un autopista urbana por en medio del Bronx que terminó por desestructurarlo. Y en términos político-culturales el torbellino de la devastación desarrollista que Moses acabó representando. Moses, como Fausto, empezó creando grandes reordenamientos —las vías parques, el actual diseño de Central Park...— pudiendo ser visto “como un auténtico creador de nuevas posibilidades materiales y sociales” (p. 324). Pero en su desarrollo y evolución fue tanto un destructor como un mero ejecutor de directrices que arrasó con todo lo que dejaba atrás hasta tal punto que parecía recrearse en la devastación. Las páginas de Berman evocando esta destrucción son de una profundidad y sensibilidad enormes y muestran que cuando escribe, lo que hace es poner encima de la mesa una parte de su vida⁴⁰, con sus esperanzas y sus dolores, para que nosotros la podamos compartir y dialogar con él.

De toda esta decadencia Berman saca una enseñanza teórica: “la evolución de Moses y sus obras en los años cincuenta subraya otro hecho importante en relación con la evolución de la cultura y la sociedad de la posguerra: la escisión radical entre el modernismo y la modernización” (p. 324). Una escisión que le lleva a plantear una clara diferencia entre el modernismo del diecinueve e inicios del veinte y los modernismos que empiezan a fraguarse a partir de los sesenta.

Durante los años sesenta, y siguientes, Berman diferencia entre tres modernismos: el marginal, el negativo y el afirmativo, representados en este mismo orden por Roland Barthes (1915-1980), Harold Rosenberg (1906-1978) y Robert Venturi. Todos ellos van a ser la antesala de la cultura posmodernista y fueron incapaces de dialogar entre ellos y con la sociedad. Son versiones simplificadoras y unilaterales del anterior

⁴⁰ Para esta perspectiva véase Javier Roiz, *La recuperación del buen juicio*, editorial Foro Interno, Madrid, 2003, pp. 13-64.

modernismo compartiendo su recreación en la fragmentación de la vida y sin aportar un relato significativo para la vida de las personas de carne y hueso como sí hizo, con todas sus paradojas y ambivalencias, el modernismo que le precedió. Este es el hilo conductor que se ha roto y que ha debilitado a los modernismos actuales como proyectos políticos, sociales y culturales. Quedan fragmentos del mismo esparcidos por cada uno de sus rincones artísticos, aunque han perdido la riqueza de la vida en común y del espacio público. Se podría decir que todos estos modernismos, por activa o por pasiva, aceptaron el grito de guerra de Le Corbusier (1920-1965): “Tenemos que acabar con la calle” (p. 333).

Pero para Berman sí cabe recomponer el modernismo. De ahí que recupere la labor de Jane Jacobs (1916-2006) en favor de un modernismo anclado en el “sentimiento democrático de la calle” (p. 334); o la obra de artistas urbanos como Claes Oldenburg y su mirada de la calle como mural metafórico; o la de Octavio Paz (1914-1998); o la de otros grupos sociales, artistas y músicos de los que habla, sin olvidar la vida cotidiana de la gente común. Y es que “el proceso de modernización, aun cuando nos explote y nos atormente, da vida a nuevas energías y a nuestra imaginación y nos mueve a comprender y enfrentarnos al mundo que la modernización ha construido” (p. 367). Por eso la cultura modernista seguirá desarrollando nuevas perspectivas y expresiones de vida, porque:

Los mismos impulsos económicos y sociales que transforman incesantemente el mundo que nos rodea, para bien y para mal, también transforman las vidas interiores de los hombres y las mujeres que lo habitan y lo mantienen en movimiento (p. 367).

La vida en la calle se podrá reducir, pero nunca se hará del todo.

La publicación de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* no trajo solo alegrías, sino que vino acompañada de alguna tristeza no menor. Poco después de terminar el libro Berman sufrió una pérdida irreparable: su hijo Marc, de cinco años, le “fue arrebatado”⁴¹. Como decía Berman, citando a Ivan Karamazov, la muerte de un niño hace que uno quiera devolver su billete al universo. “Pero no lo devuelve. Sigue luchando y amando; sigue adelante” (p. XII). Y, pese a que su salud se resintiera y sufriera en los ochenta un derrame cerebral que le dejó secuelas para toda la vida como convulsiones y una apnea del sueño⁴², así hizo. Remontó el vuelo.

Tras *Todo lo sólido se desvanece en el aire* publicó la colección de artículos que hemos indicado bajo la rúbrica de *Aventuras marxistas* y continuó su interminable colaboración con *Dissent* con algunos de sus textos más logrados. Y he aquí que en 2006 escribió su libro *On the Town* con el que nuevamente volvió a mostrar su capacidad para escribir *grandes relatos* cargados de alegría y de esperanza para las personas. Como diría en *On the Town*: “Sigo aquí”⁴³.

On the Town supone un gran homenaje a su ciudad. Es un recorrido por Time Square, estudiando sus cambios en los espacios públicos y privados que la conforman—desde Broadway hasta la calle 42—. Que aparezca de nuevo la plaza pública no es casual. Ya escribió sobre ella en otros trabajos, aunque en este caso habría que

⁴¹ Ibid., p. XII. De hecho el libro se lo dedicó a su hijo Marc. Para más detalle, véase Andy Merrifield, “Marshall Berman, 1840-2013”: *Radical Philosophy*, vol. 183 (Jan-Feb, 2014), p. 68.

⁴² Merrifield, “Marshall Berman, 1840-2013”, p. 68.

⁴³ “I’m still here”. Marshall Berman, *On the Town*, Verso, London, New York, 2009, p. XVII.

decir que más que una plaza al uso —como es una plaza mayor— de lo que habla es de una intersección de calles; un contraste a la hora de pensar el espacio público de claro raigambre judío que daría para todo un libro⁴⁴. Pero el modernismo de *On the Town* es lo suficientemente rico como para abordarlo en otro momento; al igual que muchas de las cuestiones que hemos ido apuntando y dejando en el tintero a lo largo de este trabajo. Requieren de un tiempo y un espacio mayor.

Mientras tanto, conformémonos con recordar las palabras de Walzer en alusión a la última conferencia que dio Berman en el Gran Hall de la CUNY:

El hall estaba lleno de gente de todas las edades que admiraban y amaban a Marshall. Subió las escaleras de la tribuna como un hombre viejo, pero habló de esta ciudad con el ardor de un joven. Cuando terminó, todos nos quedamos en la sala, todo el mundo se levantó y aplaudió. Y pensé, así es como debe ser⁴⁵.

Referencias bibliográficas

- Albores, Jesús, “Marshall Berman, el filósofo que llevó a Marx al Bronx”: *El País* (11-10-2013).
- Anderson, Perry, “Modernity and Revolution”: *New Left Review*, vol. 114 (March-April, 1984).
- Baudelaire, Charles, “El Viaje”, en *Las flores del mal*, RBA editores, Barcelona, 1992.
- Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, trad. de Juan Baraja, Akal, Madrid, 2005.
- Berman, Marshall, *All That Is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity*, Simon and Schuster, New York, 1982.
- , “The signs in the street. A Response to Perry Anderson”: *New Left Review*, vol. 114 (March-April, 1984).
- , “Preface to the Penguin Edition: The Broad and Open Way”, en *All that is Solid Melts into Air*, Penguin, London, 1988.
- , “Brindis por la modernidad”, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad-posmodernidad*, Retórica ediciones, Buenos Aires, 2004.
- , “Introducción. Atrapados en la mezcla: algunas aventuras marxistas”, en *Aventuras marxistas*, trad. de Manuel Antonio de Castiñeiro González y Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- , “Meyer Schapiro: la presencia del sujeto”, en *Aventuras marxistas*, trad. de Manuel Antonio de Castiñeiro González y Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- , “Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx. La modernidad y la modernización”, en *Aventuras marxistas*, trad. de Manuel Antonio de Castiñeiro González y Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- , *The Politics of Authenticity. Radical Individualism and the Emergence of Modern Society*, London, Verso, 2009.
- , *On the Town*, Verso, London, New York, 2009.
- , “De ruinas y horizontes. Una conversación con Marshall Berman”, en Jorge Brenna y

⁴⁴ Para esta cuestión véase Roiz, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, pp. 67 y ss.

⁴⁵ “The Hall was packed with people of all ages who admired Marshall and who loved him. He climbed the steps to the podium like an old man, but he spoke of this city with the ardor of a young man. When he finished, we all stood, everyone stood, and applauded. And I thought, this is the way it should be”. Walzer, “Remembering Marshall Berman”, p. 2.

Francisco Carballo, *De ruinas y horizontes: la modernidad y sus paradojas (Homenaje a Marshall Berman)*, UAM, México, 2014.

Lascano, Hernán, “Marshall Berman: Nueva York, el 11-S y el mundo en el que vivimos”: Suplemento *Radar* del periódico *Página 12* (22-7-2007). Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-3968-2007-07-22.html> (13-7-2016).

Levinson, Mark, “Remembering Marshall Berman”, *Dissent* (17-9-2013). Disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/blog/remembering-marshall-berman> (13-7-2016).

Merrifield, Andy, “Marshall Berman, 1840-2013”: *Radical Philosophy*, vol. 183 (Jan-Feb, 2014).

Roiz, Javier, *La recuperación del buen juicio*, editorial Foro Interno, Madrid, 2003.

—, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

Walzer, Michael, “Remembering Marshall Berman”: *Dissent* (17-9-2013). Disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/blog/remembering-marshall-berman> (13-7-2016).

Yardley, William, “Marshall Berman, Professor, Dies at 72”: *The City University of New York* (16-9-2013). Disponible en: <http://www1.cuny.edu/mu/we-remember/2013/09/16/marshall-berman-professor-dies-at-72/> (13-7-2016).